

Las representaciones del yo en *El viaje inútil* de Camila Sosa Villada y *Un año sin amor* de Pablo Pérez

María Macarena Heiland¹

Estudiante de Letras, Facultad de Humanidades,
Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina
macaheiland@gmail.com

Recibido 08 de septiembre de 2023, aprobado 20 de noviembre de 2023

Resumen: la escritura muchas veces se convierte no solo en una práctica de resistencia, sino también de reivindicación, puesto que ciertos grupos se valen de ella para tomar la palabra y crear su propia narrativa, oponiéndose al mundo exterior que los rechaza y oprime. Así, habilita otro espacio, un espacio periférico que se vuelve central y que funciona como el reverso activo de sus vidas. El objetivo de este trabajo es, entonces, observar de qué modo se produce esto en dos obras argentinas: *El viaje inútil* (2018), de Camila Sosa Villada y *Un año sin amor* (1998), de Pablo Pérez. Para ello, tendremos en cuenta las estrategias de la representación del yo y la construcción de determinada imagen a través de la escritura. Además, haremos hincapié en las representaciones sociales que giran en torno al travestismo y al sida, y en la relación entre escritura, cuerpo y enfermedad. De este modo, veremos cómo esta práctica permite la apropiación de dichas representaciones para renombrarlas, sin eufemismos y sin pudor y, así, reivindicar sus propias situaciones.

Palabras clave: sida, travestismo, escritura, cuerpo, Camila Sosa Villada, Pablo Pérez.

The Representations of the Self in *El viaje inútil* by Camila Sosa Villada and *Un año sin amor* by Pablo Pérez

Abstract: Writing, usually, becomes not only a practice of resistance but also of vindication, since certain groups make use of it in order to speak and create their own narrative, in opposition to the wider world that rejects and oppresses them. Therefore, it enables another space, a peripheral space which becomes central and functions as the active back of their lives. The objective of this analysis is, then, to observe how this occurs in two Argentine novels: *El viaje inútil* (2018) by Camila Sosa Villada and *Un año sin amor* (1998) by Pablo Pérez. To address this matter, we will take into consideration the strategies of the representation of the self and the construction of a certain image by means of writing. In addition, we will emphasize those social representations that revolve around transvestism and AIDS, and the relationship between writing, the body and disease. This way, we will see how this practice allows the appropriation of the aforementioned representations in order to rename

1 Con aval de la Dra. Candelaria Barbeira, Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina.

them, without euphemisms and without shame, and, hence, claim their own situations.

Keywords: AIDS, transvestism, writing, body, Camila Sosa Villada, Pablo Pérez.

La escritura se configura, muchas veces, como una herramienta de la cual nos servimos para afrontar la vida. En este sentido, dos textos de escritores argentinos dan cuenta de la relación entre la escritura y los propios procesos, que muchas veces van de la mano. Estos textos son *El viaje inútil* (2018), de Camila Sosa Villada, y *Un año sin amor* (1998), de Pablo Pérez. Podemos afirmar que en ambas obras hay un deseo de plasmar sus propias vidas, de documentarlas. “Escribo para que una historia se sepa”, leemos en Sosa Villada (2018, p. 26); por su parte, en Pérez (2018): “no tengo ninguna gana de escribir, pero veo que ya pasaron más cosas de las que puedo dejar pasar” (p. 87). Es decir, está la voluntad de que quede el registro en algún lugar para algún futuro lector. Ambos utilizan la escritura como una forma de mostrar al mundo lo que sucedió. De contar sus historias. De denunciar los prejuicios que giran en torno al travestismo y al sida, respectivamente. En consecuencia con esto, dicha práctica se convierte también en una suerte de refugio. Una escribe para escabullirse de ese mundo doméstico, para comprender lo que le sucede; el otro escribe para distraerse, para escapar de la muerte siempre latente. El objetivo de este trabajo es, entonces, observar cómo la escritura se convierte en una práctica de resistencia y de reivindicación para estos autores, y de qué modos habilita ese otro espacio, un espacio periférico que se vuelve central y que funciona como el reverso activo de sus vidas.

Ambos autores plasman su vida en la escritura y se piensan a partir de ella. Observamos, entonces, la tensión entre la intimidad y la exposición, ya que la escritura de lo íntimo es transformada en relato. Por un lado, Pablo Pérez escribe un diario íntimo que, en tanto testimonio, implica narrar el presente y, en consecuencia, el proceso no solo de la enfermedad, sino de todos los cambios que le suceden desde lo familiar, pasando por lo económico, lo sentimental y las experiencias médicas, hasta lo físico. En relación con esto, Giordano (2006) afirma respecto al personaje:

Está animado por una voluntad paradójica de querer resistir el paso del tiempo haciéndolo sensible, experimentándolo a través de la escritura

diaria de no importa qué cosa, no importa cuán insignificante sea. El diarista escribe, según la tantas veces citada fórmula de Gide, para “poner algo a salvo de la muerte. (p. 116)

Entonces, podríamos pensar que Pablo escribe no solo para posponer el momento de la muerte, sino también porque experimenta la vida a través de la escritura. Al ponerlo en palabras, aquello que le sucede cobra sentido y el diario se convierte en una manifestación de su ser. Es por esto que muchas veces se exige escribir. Este acto está acompañado de verbos de obligación o deber: “solamente por cumplir. Escribo de pie, me quiero ir a dormir ya. Hoy tuve una sensación fea” (Pérez, 2018, p. 101). Incluso, el primer pensamiento que plasma en el diario es “tengo que escribir” (Pérez, 2018, p. 11). Dicha acción es una muestra más del límite en el que habita el personaje, límite en un sentido literal, puesto que a causa de la enfermedad oscila constantemente entre la vida y la muerte (no debemos olvidar que el año en que se escribe el diario es un momento de tensión en el marco de la enfermedad puesto que, a raíz de la demostración de la eficacia de un nuevo método antirretroviral, los pacientes de sida tienen mayores esperanzas, ya que la enfermedad deja de ser terminal para pasar a ser crónica). Pero también, el límite es entendido como uno de esos espacios que habita el sujeto a causa no de la enfermedad, sino de la misma sociedad, y que resultan un límite ya que, si bien el personaje está vivo, no puede establecerse por la mirada condenatoria y los prejuicios sociales, por lo que debe habitar espacios marginales. Es rechazado por la sociedad y expulsado hacia la periferia, hacia lo oculto que es, precisamente, el filo entre la vida y la muerte. En consecuencia, dado que la escritura es lo que le permite sondear dicho límite se obliga a escribir para salir de ese espacio, para demostrar su presencia.

Por otro lado, Sosa Villada también experimenta a través de la escritura. *El viaje inútil* presenta una suerte de genealogía, de descubrimiento de sí misma a partir de la recuperación de una experiencia, puesto que atendemos a la vida de la autora, a sus primeros escritos, a sus vivencias con sus padres. Hay acá, al igual que en *Un año sin amor*, un juego con lo autobiográfico ya que, si bien nos encontramos ante un texto de ficción, podemos reconocer rápidamente que lo que hacen ambos autores es contar su propia historia. La historia de una escritura, de un travestismo, de una enfermedad.

Sosa Villada narra cómo se dio la unión entre escritura y travestismo y cómo esa unión fue lo que le permitió seguir viviendo. De este modo, se piensa y se muestra en la escritura y gracias a la escritura. Podemos advertir

dos escenas iniciáticas: cuando el padre le enseña a escribir y cuando la madre le enseña a leer. No es menor que el relato comience mencionando el recuerdo de cuando tiene cuatro años y aprende a escribir, dado que se podría decir que ahí empieza su vida: “un recuerdo muy antiguo. Lo primero que escribo en mi vida es mi nombre de varón. Aprendo una pequeña parte de mi” (Sosa Villada, 2018, p. 11). Es decir, se reconoce a sí misma a través de la escritura, aprende sobre sí misma gracias a esta práctica. Este momento es, además, el origen de su escritura: “la escritura nace de ese momento. El deseo de escribir encuentra que soy fértil” (Sosa Villada, 2018, p. 13).

La otra escena fundamental es cuando se produce el milagro, como dice ella, de la lectura:

Un día sucede. Es un día milagroso para las dos ... yo estoy al fondo de la galería entretenida con la biblia de los niños leída una y otra vez por mi mamá, para mí, y de repente abro la boca y empiezan a correr las palabras ... es, posiblemente, uno de los días más felices e inesperados de nuestra vida. (Sosa Villada, 2018, p. 18)

Gracias a este hecho, en su infancia se apropia de estas prácticas, que funcionan como refugio para ella y que le permiten sobrevivir a ese mundo doméstico y hostil, plagado de violencia, alcoholismo y mentiras:

La violencia y la pasión de mis padres dejan de ser parte de mi atención. El mundo es amable ahí, leyendo en mi cama. Encuentro un refugio ... y sobre todo encuentro que existe un poder en el ejercicio de la lectura. El poder del goce de la soledad. (Sosa Villada, 2018, p. 20)

Así, lectura, escritura, soledad y goce se relacionan fuertemente y le otorgan la posibilidad de otra realidad. En este sentido podemos afirmar que la escritura no solo se constituye como un refugio, sino que también se erige como una práctica de resistencia, puesto que Sosa Villada se vale de ella para crear su propia narrativa, oponiéndose al mundo exterior que la rechaza. La autora expresa sobre estos primeros pasos en su escritura: “escribo directamente inspirada en lo que leo ... y así, como si nada, salvo mi vida. Salvo mi tristeza. Me hago un mundo para mí sola” (Sosa Villada, 2018, p. 24). Esto, además, tiene la función de demostrar(se) vitalidad, ya que escribe

en tanto sujeto viviente y pensante. Nuevamente se piensa y se reconoce gracias a la escritura. Frente a la soledad y la tristeza de ese pueblo donde se encontraba anclada, donde todo llega tarde, donde no hay “luz eléctrica, ni gas, ni esperanza de nada” (Sosa Villada, 2018, p. 19), la escritura le permite sentirse viva. Es una suerte de puerta que se le abre para dejar al descubierto un mundo nuevo, un mundo que es de ella, en el cual se siente realmente ella. “Aquí es donde el dolor es extraído de nuestro pecho” (Sosa Villada, 2018, p. 55), dirá al respecto.

En este sentido, la escritura cumple un rol similar en Pablo Pérez, puesto que le permite construir un espacio donde refugiarse de los prejuicios que giran en torno al sida. Recordemos que la enfermedad era, en esa época, relativamente nueva. No se contaba con la información que se maneja hoy en día, y los mitos que funcionaban en torno de esta, si bien algunos aún continúan, eran considerablemente mayores. Lina Meruane, en *Viajes virales* (2009), manifiesta que el sida se correlaciona con la época en la que surgió, puesto que da cuenta de una falla en el sistema capitalista global, en el que las nuevas tecnologías de viaje y comunicación les permitieron a las disidencias sexuales la “libertad” fuera del perímetro de la nación homófoba y represiva. De este modo, el discurso acerca del progreso y las maravillas del capitalismo se cae y deja al descubierto una realidad que no todos quieren ver.

Su aparición y la gran velocidad de contagio, expresa Meruane, así como la mutación y circulación de sus sentidos, la confirman como “epidemia de significación” que, más que reflejar la enfermedad, la construye, puesto que se trata de todos aquellos significados que socialmente se le atribuyen al sida. Esto se da porque la producción metafórica sirve para contener o reprimir la enfermedad por la vía ideológica. En este sentido, una de las ideas principales es la de la culpa: la estigmatización hace que los portadores sientan que esta patología es algo vergonzoso, como una suerte de marca con la que cargan por tener un estilo de vida particular.

Sin embargo, ante esta exclusión, el protagonista decide escribir un diario y, en esta práctica encontramos un acto de resistencia. Frente a todos aquellos que, a causa de sus prejuicios, lo rechazan no solo por su enfermedad, sino también por su homosexualidad, Pablo decide dejar un registro de su vida: “acá estoy, vivo, y tengo mi propia voz”. Si debe habitar por exclusión espacios periféricos, marginales, como el cine porno o los baños de Constitución, entonces la escritura será el lugar para dejar su testimonio, para demostrar que otro tipo de vida y de sexualidad antihegemónica es igual de válido. Por ello, el registro minucioso del mundo gay de los 90, de los encuentros casuales, de las prácticas sadomasoquistas. Se atreve a nombrar,

al tiempo que busca romper o enfrentar los tabúes en torno a lo sexual, que relaciona con la homosexualidad y la enfermedad. El 25 de marzo escribe:

Ayer, excitado por el Armagnac, fui al cine porno de Laprida a las seis de la tarde. Ya había alguna gente. Al poco tiempo de haber llegado me acerqué a un grandote que había entrado después que yo. Tenía buena pija, pero creo que nunca terminó de parársele. Quiso meterme una mano en el culo pero yo estaba sucio y tuvimos que ir a lavarnos al baño. Allí mismo me pidió que lo cojera ... disfruté bastante, e incluso pude acabar. (Pérez, 2018, p. 33)

El nivel de detalle, la incorporación de lo irrelevante y los datos puntuales sirven para generar cierto impacto en el lector y, de este modo, hacerlo partícipe de lo que sucede. El sujeto registra para naturalizar y eliminar el tabú, resiste mandatos sociales y se atreve a vivir su sexualidad en una sociedad que lo condena por su enfermedad. En consecuencia, el lector ya no puede obviar estas prácticas que rechaza, sino que, al contrario, se introduce en el mundo de Pablo. Palabras como “pija”, “culo”, “cojera” o “acabar” no son las que comúnmente aparecen en la lectura diaria. Sumado a esto, la idea de suciedad, relacionada con la práctica anal, provoca un efecto de lectura que busca resultar desagradable. Sin embargo esto tiene un propósito que es, como hemos dicho, demostrar lo que pasa, develar ese mundo marginal y, de este modo, reivindicar esas prácticas. En este sentido Sontag, en *El sida y sus metáforas* (2005), afirma que, para la sociedad, tener esta enfermedad es pertenecer a un grupo de parias, como una suerte de escoria que no solo es portadora del virus, sino que, además, amenaza la “tranquilidad” social. No obstante, como hemos mencionado, Pérez se apropia de estas representaciones para resignificarlas. Al nombrar su realidad y sacarla del espacio marginal al que ha sido recluida le otorga materialidad, la hace palpable, real.

Una operación similar realiza Sosa Villada al relatar la historia de su travestismo, la cual está en estrecha relación con la escritura, puesto que observamos en varios momentos una homologación de estos elementos en donde la autora los compara como experiencias similares. Cabe destacar que el subtítulo de esta obra es “Trans/escritura”. En este sentido, *trans* es un prefijo que indica movimiento: “más allá de”, “a través de”, “del otro lado de”,

etc., por lo que podríamos pensar esta obra como una escritura más allá de la propia escritura, que excede los límites de esta para configurarse, como mencionamos, como un refugio, como una resistencia. Su experiencia sostiene la escritura pero, además, ella misma se constituye como sí misma en ese espacio: “no soy una individuo fuera de lo escrito” (Sosa Villada, 2018, p. 53). A su vez, podemos relacionarlo también con la figura del exilio: abandona la familia que resulta una amenaza para poder sobrevivir y abandona un cuerpo que no le pertenece para transformarse en uno nuevo. Al relatar la historia de su travestismo vemos que, invariablemente y como todo en su vida, está ligado a la escritura:

Mi primer acto oficial de travestismo no fue salir a la calle vestida de mujer con todas las de la ley. Mi primer acto de travestismo fue a través de la escritura ... perdida y confundida, sin poder contarle a nadie mi mejor secreto, decidí ponerme a escribir. Di a luz a un alter ego con el nombre más obvio que se me pudo ocurrir: Soledad. Soledad era yo misma. (Sosa Villada, 2018, p. 35)

Nuevamente observamos, así como también en *Un año sin amor*, cómo los protagonistas se piensan a partir de esta práctica. Es la herramienta que les permite afrontar (pero también, y paradójicamente, escapar de) esa realidad. Asimismo, sobre ambas prácticas recaen una serie de prejuicios:

Para un padre no debe existir cosa más horrible que tener un hijo escritor. Ese oficio inútil e inexplicable que un hijo elige para sí, como destino, en las narices de sus padres ... no, no es tan solo la decepción que un padre experimenta al ver que su hijo no se convierte en una versión mejorada de él mismo, es todo el prejuicio alrededor de un escritor, que al fin y al cabo es el mismo prejuicio que existe sobre una travesti. (Sosa Villada, 2018, p. 14)

Quizás es por eso que encuentra tan estrecha la relación entre devenir escritora y transformarse en travesti, porque ambos comparten el peso de la mirada ajena. De hecho, manifiesta que escribió y se travestió durante mucho

tiempo a puertas cerradas (Sosa Villada, 2018, p. 45), como una suerte de ritual consigo misma, del que nadie más podía ser parte.

En este proceso de cambios, renuncia a una vida conocida para ir en busca de otra:

El hecho de haber renunciado a ellos muy joven, decidir no ser más hija de nadie, amiga de nadie, sin un documento que me pruebe como ciudadana, me liga a un abismo enorme, al silencio de las cosas que dan vida a la escritura. (Sosa Villada, 2018, p. 42)

Esa renuncia y ese deseo se sostienen en la escritura y se hacen posibles gracias a esta: “sin la escritura, no existía la posibilidad de vivir” (Sosa Villada, 2018, p. 43). Dirá, además, que ser travesti es la hermana de esta práctica en el viaje de renuncia, y que la escritura y el travestismo son las armas con las que se adentró a vivir como una huérfana (Sosa Villada, 2018, p. 46). Nuevamente tenemos la idea del exilio, de ese viaje en el que deja atrás lo conocido y se enfrenta a lo nuevo, aferrada a la escritura.

También en Pablo Pérez advertimos que aferrarse a la escritura es lo que le permite seguir avanzando. En la entrada del 12 de julio leemos:

Sigo estando muy triste. Siento que mi posibilidad de escribir se está agotando como un cartucho de tinta. Insisto, como siempre. No me importa estar escribiendo mal si por lo menos puedo distraerme un poco de esta angustia. Además me siento ahogado, desganado. (Pérez, 2018, p. 83)

Notamos claramente la necesidad del sujeto de escribir, ya que este acto es un modo de escape de todo aquello que le sucede. En este sentido, Blanchot (1959) manifiesta:

Escribir cada día, bajo la garantía de este día y para recordárselo a sí mismo, es una manera cómoda de escapar al silencio, como a lo que la palabra tiene de extremo. Cada día nos dice algo. Cada día anotado es un día preservado. Doble operación ventajosa. Así se vive dos veces. (p.

209)

Escribir es, como mencionamos, una forma de sentir que está vivo. Así, cuerpo y escritura se entremezclan, puesto que uno necesita del otro. Observamos en la lectura la intensidad de un cuerpo que escribe. Lo corporal está presente constantemente dado que es una forma de resistencia por parte del sujeto. La afectividad desborda al género autobiográfico y también al diario, desestabiliza y problematiza los límites. El sujeto no busca escribir una autobiografía o reconstruir una vida, sino que solo registra los hechos de un año. Sin embargo, rompe con la intimidad propia del género, puesto que el diario es escrito y pensado para ser publicado, lo que tiene que ver con la idea de dejar su testimonio ante la muerte inminente:

Creo que me voy a morir hoy. Tengo que escribir doblado en dos, con los codos apoyados en las piernas ... más tarde, a las seis de la tarde, viene Nicolás. Espero estar vivo hasta entonces así puedo confiarle este diario, porque si lo viera alguien de mi familia lo destruiría. Tendría también que escribirle una nota por si mi familia llega a poner trabas para su publicación. (Pérez, 2018, p. 85)

Advertimos acá la necesidad de Pablo de que, una vez muerto, su diario pueda ser publicado. Incluso, en un momento tan crítico como en el que se encuentra, dicho pensamiento ronda en su cabeza. Asimismo, es interesante destacar que escribe pese a sus dolores, por lo que la escritura vuelve a funcionar como la actividad que le permite sentir que está vivo. La idea de dejar su testimonio, así como la posibilidad de que la familia se oponga a su publicación, da cuenta de la “inmoralidad” del relato, pero también de la búsqueda de reivindicación por parte de ese sujeto que experimenta. Escribe para sentir que está vivo, pero también para que otros puedan leer su historia y sepan lo que sucede en la marginalidad, con todas aquellas personas que han sido recluidas a ese espacio por prejuicios sociales. En una entrevista con Gorodischer, (2005) el autor manifiesta que “lo que importa es demostrar que los enfermos de HIV no reprimimos nuestra vida sexual, no estamos encerrados en nuestras casas. ¡Hay una falta de información! La gente no se anima a hablar de sexo”, y esto es precisamente lo que pretende con la publicación del diario. Romper con ese tabú.

En este sentido, también Sosa Villada se apropia de la palabra para

denunciar una situación y para contar esa historia:

Incluso cuando ya nada de eso tiene sentido, cuando he olvidado a los que me hicieron daño, cuando las agresiones ya no tienen rostros que las ejecuten, es preciso decir esa aventura, para que se sepa. Estoy en esta parte de la historia en que las travestis recuperamos la voz y es necesario usarla. Volver a usarla. Decir el precio que se puso a mi libertad y mi deseo y que yo pagué con lo que tuve a mano: mi cuerpo. También decir la crueldad con que fui tratada y también el amor y la ternura que fueron dados como compensación a todo. (Sosa Villada, 2018, p. 47)

Encarna así, en su voz, la voz de todas las travestis. La autobiografía funciona como una clave de lectura que habilita la incorporación de otras mujeres: su historia es la de tantas otras, su voz viene a gritar lo que otras voces ya no pueden porque no están. Si bien no escribe específicamente como denuncia, esa escritura termina constituyéndose como una manera de nombrar lo que ocurre y que nadie pone en palabras. En este sentido Arfuch (2007) expresa:

Si bien la inmersión creciente en la (propia) subjetividad es sin duda un signo de la época, adquiere sin embargo otras connotaciones cuando esa expresión subjetiva se articula de modo elíptico o declarado, y hasta militante, al horizonte problemático de lo colectivo. Una articulación no siempre nítida, que ronda, como inquietud teórica, toda evocación de “lo colectivo” —la memoria, el imaginario, las representaciones, las identidades—. (p. 14)

Es decir que, tanto en Pablo Pérez como en Sosa Villada, aunque la escritura es sobre lo particular, sobre la propia experiencia, encarna en cierta medida lo colectivo. En este sentido, no es posible afirmar la intimidad —lo propio de uno— por fuera de los espacios y los colectivos que uno habita. sino, más bien, lo íntimo aquí tiene el papel de alternar su historia con una

historia y una memoria colectivas.

Asimismo, la autora relaciona, una vez más, sus propios procesos con la escritura, puesto que deviene escritora y se transforma en mujer simultáneamente. Hay un doble desvío, una doble ruptura. Y en esta obra nos cuenta eso:

Escribo para que una historia se sepa. La historia de mi travestismo, de mi familia, de mi tristeza en la niñez, de toda esa tristeza prematura que fue mi familia, el alcoholismo de mi papá, las carencias de mi mamá ... escribo para poder decir las imágenes que poblaron mi infancia. (Sosa Villada, 2018, p. 26)

En este sentido, compara la escritura con un viaje hacia el interior de sí misma, hacia sus recuerdos. Una ida hacia lo inútil. La escritura es inútil, es derroche, es pasatiempo como piensa su padre. No es productiva. No da dinero. No está sujeta a la utilidad. No obstante, dicha inutilidad es una condición de resistencia. La escritura, en tanto pérdida, no entra en la lógica del intercambio, no está al servicio de algo, sino que se escapa de ese sistema que la excluye y la condena.

En cambio, su escritura le da la posibilidad de ser feliz y, lo que es más importante, de alzar su propia voz y vivir: “no voy a sentarme a esperar que el mundo cambie, porque si se abandona por un momento este hecho, este viaje inútil, entonces terminas haciendo cualquier cosa menos seguir viviendo” (Sosa Villada, 2018, p. 56). La escritura, ese viaje inútil, es, en esencia, la única manera de vivir y su única herencia:

Aquí voy a morir y mi espíritu se deshará en polvo. Nada. Apenas unas huellas que indican que he pasado por el camino y traía conmigo lo que tenía para dar: un poema escrito a máquina con tinta roja que sin saber por qué sobrevivió a los incendios. (Sosa Villada, 2018, p. 48)

Por su parte, en *Un año sin amor* también advertimos la relación entre vida y escritura. El diario se construye, lo decíamos al principio, como un modo de dejar testimonio de su vida en una sociedad que lo recluye hacia espacios marginales. Es por ello que no hay retrospectiva, puesto que no escribe para rememorar el pasado, sino para documentar el presente, el día a día. Registra

cómo es un año en la vida de una persona homosexual y seropositiva y, en el proceso, denuncia el rechazo del que es víctima a causa, muchas veces, de la desinformación acerca de la enfermedad y del tabú que ronda a su alrededor. Asimismo, la escritura (como la sexualidad) le permite sentir que está vivo en una sociedad que, por su enfermedad, ya lo había condenado a muerte. En este sentido, Giordano (2006) expresa:

[Pablo Pérez] también escribe para poder vivir su enfermedad sin resentimientos. La escritura no puede curarlo, ni siquiera hacer que desaparezcan los síntomas, pero puede hacerlo experimentar, a partir del cansancio y los ahogos, el alivio de un respiro momentáneo y la potencia de unas fuerzas vitales desconocidas. (p. 117)

En ambas obras atendemos a un sujeto que experimenta a través de la palabra. Vida y escritura están entrelazadas, puesto que esta última se constituye, como ya mencionamos, como una práctica de resistencia pero también de reivindicación. Les ofrece un refugio, pero también la posibilidad de alzar la voz. Así, la escritura se conforma como aquello que les permite llevar adelante sus propias vidas.

Referencias

- Arfuch, L. (2007). *El espacio biográfico*. Fondo de Cultura Económica.
- Blanchot, M. (1959). El diario íntimo y el relato. En *El libro que vendrá*. Monte Ávila Editores.
- Giordano, A. (2006). La contraseña de los solitarios y Una profesión de fe. En *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas*. Beatriz Viterbo.
- Gorodischer, J. (2005). El argentino es un reprimido sexual. *Página 12*.
- Meruane, L. (2009). Introducción a *Viajes Virales*.
- Pérez, P. (2018). *Un año sin amor*. Blatt & Ríos.
- Sosa Villada, C. (2018). *El viaje inútil*. Ediciones DocumentA/Escénicas.
- Sontag, S. (2005). *El sida y sus metáforas*. Taurus.